

ENTRE SUEÑOS Y PROMESAS

Traducción de Margalit Mendelshonⁱ

El primer sueño

Del libro de Meir Shalevⁱⁱ, *Principio*

Al decir “sueño”, y sobre todo, “el primer sueño”, inmediatamente pensamos en el sueño de la escala y los ángeles soñado por Yaacov en Bet-El, y en su hijo Yosef, cuya vida toda está signada por los sueños. Pero, lamentablemente, el primer soñador del Tanaj no es uno de nuestros patriarcas sino un filisteo de nombre Avimelej, rey de Grar. El motivo de su sueño, y dudo que ello sirva de consuelo al lector, fue nuestra matriarca Sara, esposa de Abraham.

Sara, como ya he relatado, era una bellísima mujer, y nuestro patriarca Abraham tenía la abyecta costumbre de presentarla como su hermana y entregarla para uso de reyes extraños, con el objeto de evitar que lo perjudiquen a causa de ella. La primera vez que lo hizo fue con el Faraón en Egipto, y luego con Avimelej en Grar. De hecho, según la cronología del Génesis, Sara tenía entonces noventa primaveras, pero puede ser que a Avimelej le gustaran maduras, o que él tuviera doscientas, edad aceptable tratándose del Génesis, y que le gustaran jovencitas. Sea como fuere, Avimelej se la llevó y esa misma noche soñó el primer sueño del Tanaj.

“Te mueres por la mujer que has tomado,” le dijo Elohim en el sueño, “ella tiene dueño” - o sea, está casada.

Obviamente, el rey filisteo se asustó. “Matarás a alguien de otro pueblo y justo además?” le preguntó a Dios y arguyó “Él me dijo es mi hermana, y también ella dijo: es mi hermano, y yo lo hice limpiamente y de buena fe.” Avimelej devolvió a Sara a su legítimo dueño y se salvó del castigo, pero es importante recalcar otra cosa - no hubo consumación, como decía mi abuela en casos como éste. O sea, Avimelej no llegó a cometer ninguna felonía con nuestra matriarca Sara, lo cual no deja de ser una ventaja si consideramos que el capítulo siguiente empieza anunciando su estado de gravidez. Lo único que faltaba era que Itzjak resulte imputable de ser hijo mal nacido de un filisteo incircunciso, mancillando el nombre de nuestro patriarca Abraham, y con consecuencias insospechadas para todo el Oriente Medio actual.

Y se acostó en aquel lugar y soñó

El primer sueño hebreo fue el que mencioné anteriormente, el sueño de Yaacov en Bet-El, en Génesis 24. Al huir de Esav, la primera noche fuera de la tienda de su madre y



lejos de su apoyo y sostén, durmió Yaacov a campo abierto. “Y tomó de las piedras del lugar, las puso de cabecera, y allí se acostó. Y soñó, y he aquí una escala apoyada en la tierra que llega al cielo, y ángeles de Elohim suben y bajan por ella.”

La descripción “llega al cielo” recuerda la otra “llega al cielo” referida a la Torre de Babel. Pero como en otras ocasiones, el narrador crea similitudes entre dos relatos para subrayar precisamente las diferencias:

La Torre de Babel fue construida en la realidad, y la escala en el sueño.

La Torre de Babel es anterior a la división humana en pueblos, y la escala es de factoría hebrea.

La Torre de Babel fue levantada por gente organizada, que compartía una lengua y las mismas cuestiones, y este sueño es propio de una sola persona.

La Torre de Babel fue la expresión de una puja con Dios, y la escala de Yaacov simboliza la conexión con Él.

Pero el sueño no se reduce a la escala y los ángeles. También Elohim participa y se presenta ante Yaacov. Dado que era el primer encuentro entre ambos, antes que nada se presentó: “Yo soy Adonai, Dios de Abraham e Itzjak,” y entonces repitió la promesa hecha a aquellos: “La tierra sobre la que yaces, a ti y a tus descendientes se las daré.” El contenido de la promesa es similar, pero en su formulación hay una bella y sugestiva novedad.

En cuanto a promesas de tierra, corresponde citar otras dos, que mucho se parecen entre sí. Una es la de Elohim a Yehoshúa Bin Nun antes de entrar a Canaán: “Todo lugar que pisen las plantas de vuestros pies, os lo daré.” Y la otra, el juramento de Moshé a Caleb Ben Yefuné: “La tierra que ha pisado tu pie, será tu heredad.” Entre paréntesis he de hacer notar que no sólo las promesas se parecen sino también los personajes. Yehoshúa y Caleb habían sido los dos espías que no se amedrentaron al ver a los habitantes de Canaán y tomaron partido por declararles la guerra. Cuarenta años más tarde condujo Yehoshúa al pueblo en la conquista de la tierra y el proceso de asentamiento en ella, y Caleb conquistó por sus propios medios la heredad de su tribu. De modo que,.....Si Elohim ha de estar a mi lado

Aquí vuelve a repetir Elohim las fórmulas conocidas de “Tu simiente será como el polvo de la tierra”, y le promete a Yaacov que un gran pueblo nacerá de él. A juzgar por lo dicho anteriormente a Abraham y a Itzjak, el sueño podría terminar acá. Pero afortunadamente Yaacov recuerda que este sueño es suyo, de modo que Elohim tiene que pasar de los jubilosos aspectos nacionales que atañen al devenir en un futuro lejano del pueblo de Israel, a los asuntos particulares que preocupan al soñador circunstancial - la gran campaña que atemoriza a Yaacov, desde la tienda de su madre en Canaán hasta su familia en la lejana Jarán.

“Estoy contigo,” lo reconforta, “y habré de cautelarte adonde vayas, y devolverte a esta tierra, porque no te abandonaré hasta dar cumplimiento a lo que te he dicho.”

Las palabras son sorprendentes y conmovedoras. Ni siquiera Abraham había recibido una promesa así antes de emprender su camino en sentido inverso. Y no olvidemos que Abraham inició su periplo obedeciendo una orden divina, mientras que el iniciado por Yaacov fue idea de Rivka, su madre.

Yaacov despertó. “Efectivamente hay Dios en este lugar,” dijo, “y yo no lo sabía.” Lo



sobrecoge el temor: “Cuán tremendo es este lugar,” y comprende: “no es sino la Casa de Elohim y éstas las puertas del Cielo.” Siguió recostado hasta que se hizo de día, quizás hasta volvió a dormirse, y al levantarse vertió aceite sobre la piedra de cabecera y cambió el nombre del lugar, antes “Luz”, ahora “Bet-El”.

Entonces hizo Yaacov una promesa, y la promesa es mucho más importante que lo dicho por Dios en el sueño, porque sus palabras no encerraban ninguna novedad ni se apartaban de lo dicho anteriormente, mientras que la promesa de Yaacov redefine la relación hombre-Dios. De las profundidades de la fe y el temor, el fervor y la alegría que envolvían al sueño y al despertar del mismo, irrumpe su voz, una voz distinta y valiente, que no sólo los lectores, sino tampoco Elohim había oído alguna vez.

“Si Elohim ha de estar conmigo”, dijo “y ha de velar por mí en este camino que emprendo, y me da pan para comer y ropa para vestir, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, será mi Dios.”

Aparentemente, sólo un par de detalles técnicos referidos al viaje, pero no nos equivoquemos. Ya la primera palabra pronunciada por Yaacov, “si”, le anunciaba a Elohim que se hallaba frente a un creyente de otra cepa. Por empezar, respetuosamente pone en duda sus palabras y expresa la posibilidad de que su promesa no se cumpla. Y en segundo lugar, dado que se trata del “si” condicional, establece una condición: si Elohim cumple, será mi Dios. Y si no cumpliera su promesa? La respuesta no se explicita pero flota en el aire, clara y lógica: no será mi Dios. Quizá sea el de otro, pero no mío. Ya me buscaré yo otro Dios.

Pan para comer y ropa para vestir

Pero Yaacov no se conformó con eso. Además tomó la formulación hecha por Elohim en su sueño, la revisó, y tal como cuadra a un buen abogado, se la devolvió corregida y mejorada. Invito al lector a disfrutar de su sagacidad y precisión.

Primeramente, volveré a citar la propuesta original de Elohim: “Estoy contigo, y habré de cautelarte adonde vayas y devolverte a estas tierras, porque no te abandonaré hasta dar cumplimiento a lo que te he dicho.”

Así también la respuesta de Yaacov: “Si Elohim ha de estar conmigo y ha de velar por mí en este camino que emprendo, y me da pan para comer y ropa para vestir, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, será mi Dios.”

Las diferencias son correcciones de Yaacov, y son interesantes y aleccionadoras.

Elohim propuso: “habré de cautelarte adonde vayas”

Yaacov corrigió: “ha de velar por mí en este camino que emprendo”

O sea, no se trata de promesas vagas, quiero custodia y protección en esta campaña específica, desde aquí hasta Jarán, regreso incluido.

Elohim dijo sólo “cautelarte”, y Yaacov le sumó a la cautela dos incisos más: “pan para comer y ropa para vestir”.

O sea, no basta con cuidar mi vida, Elohim deberá otorgarles nivel y calidad.

Elohim prometió: “y devolverte a estas tierras”

Yaacov corrigió: “vuelvo sano y salvo a casa de mi padre”

Yaacov utilizó la expresión “beshalom” para aclarar que no se conformará con regresar simplemente, sino regresar en buen estado. Y así como había corregido “adonde vayas”



por el preciso camino a recorrer, corrigió “estas tierras” por una formulación específica “a casa de mi padre”.

O sea, no se conformará con volver a algún lugar sobre la tierra, sino a su familia, a la que se veía obligado a abandonar. Lo que está diciendo en realidad es que la casa paterna, la familia, son más importantes para él que la tierra prometida en ese momento por Elohim.

Es más: “estas tierras” puede ser interpretado como volver al lugar en que se encuentra en ese momento, y dado que en ese momento Yaacov había dado en llamar al lugar Bet-El, podría entenderse su acotación como: no quiero volver a Tu casa, quiero volver a la mía.

La segunda parte es más importante aún: tal como dije, la palabra inicial “si” establece una condición clara y determina que si Dios no cumple, tendrá que buscarse otro creyente. Lo que subyace es la concepción de que Dios necesita de Yaacov tanto como Yaacov necesita de Él. Y lo que no es menos importante: desde ahora Elohim sabe que Yaacov también lo sabe.

Este es también el sentido de los ángeles que Yaacov viera en su sueño. Suben y bajan por la escala y se convierten así en símbolo de una relación simétrica, bilateral. Se mueven entre Yaacov y Elohim en dos direcciones implicando un dar y un recibir de ambas partes.

En atención a la reacción divina a las palabras de Yaacov, se impone señalar que a pesar de la sorpresa, Dios no juzga severamente el atrevimiento de Yaacov. En mi modesta opinión, tras el primer impacto hasta despertó en Él un cierto aprecio por lo que había oído. Hasta ahora había tenido creyentes tontos e infantiles como Adán y Eva, ofendidos y criminales como Caín, justos y obedientes como Noé y Abraham, insolentes como los constructores de la Torre de Babel, malvados y pecadores como la generación del Diluvio y los sodomitas - y de pronto, un creyente escéptico y exigente como éste, totalmente distinto, casi provocativo, pero cuán valiente, original e interesante!

Yaacov agrega aún más: “y esta piedra basal que he puesto, será Casa de Dios”, o sea, aquí erigiré un templo.

Es probable que el escritor haya puesto estas palabras en boca de Yaacov dado que él mismo vivió en otra época, tiempos de religión organizada e institucionalizada, cuando ya había que prestar atención a los ingresos de los sacerdotes. Pero abrigo la esperanza de que haya querido dotar a Yaacov de una insinuación más hacia el Altísimo. Al prometer a Elohim que le construiría una Casa, vuelve a señalar similitudes entre ambos. Las diferencias entre nosotros no son tan grandes, le estaría diciendo, ambos tenemos necesidades materiales. Tal como nos hemos ocupado de mi vestimenta y alimentación, aseguremos también tu Casa y tus sacrificios ceremoniales.

De hecho, ya en el versículo subsiguiente, dice: “Todo lo que me dieres, lo retribuiré diez veces más.” Lo cual también es una condición: si recibo, le daré a tus sacerdotes, y dado que un diezmo implica el diez por ciento, Yaacov le aclara a Dios: el monto que le dé a tus sacerdotes depende de lo que Tú me des a mí. Hasta puede percibirse la sonrisa en su rostro, como diciendo, no nos hagamos los ingenuos, no vayamos a escondernos tras un “al este y al oeste”, o un “como la arena en la costa del mar” y el resto de las palabras pomposas y las promesas grandilocuentes. Ambos sabemos que la religión no se reduce a fe y vaticinio, ni a tierra prometida, pueblo elegido y profecías morales. Es



también templo, sacerdotes y altares. Es también sacrificios y diezmos, grandes rabinos, administración religiosa, políticos y veedores de kashrut, y a todos hay que asegurarles el sustento.

Salve

Yaacov no fue el único creyente que negociara con Elohim, ni el primero. Abraham lo antecedió, en Génesis capítulo 18, cuando discutió y negoció con Él la cantidad de justos que en caso de existir, salvarían a Sodoma. Aparentemente, un rasgo de personalidad similar en ambos patriarcas, el abuelo y su nieto, pero lo que llama la atención es precisamente la diferencia entre ellos, que se manifiesta en sendos diálogos. Tal como tenemos presente, habían llegado “tres hombres” a la tienda de Abraham y le habían comunicado el próximo nacimiento de Itzjak. Dos de ellos fueron los ángeles que de allí fueron a Sodoma para castigarla. El tercero era Elohim, que se quedó con Abraham para mantener precisamente este diálogo. El principio había sido auspicioso y sorprendente. Abraham se atrevió y le preguntó a Elohim, casi lo interpeló: “Acaso harás que sobrevenga el fin de un justo cual malvado? Quizás hay cincuenta justos en la ciudad, los matarás y no perdonarás al lugar en virtud de los cincuenta justos que hay en él? Salve! No cometas algo así, matar a justos cual malvados, como si fueran lo mismo. Salve! El Juez de toda la Tierra no hará justicia?”

La verborrea, el ritmo y el tenor de sus palabras, demuestran cuan sacudido estaba Abraham. No era su primer encuentro con Elohim, pero por lo general, Elohim hablaba y él callaba. Ahora estaba frente a una oportunidad distinta. Elohim había venido a visitarlo a su tienda, había almorzado con él y podía establecer una conversación. El móvil principal, a mi modo de entender, era su preocupación por el destino de su sobrino Lot, que vivía en Sodoma. Pero naturalmente lo plantea como un asunto de principios, de merecimientos, e inaugura la posibilidad de criticar una decisión divina e intentar modificarla.

Sólo que movido por la excitación, Abraham confunde argumentos e intereses varios. Su primer argumento fue “Harás que sobrevenga el fin de un justo cual malvado?”, similar al “matarás a alguien de otro pueblo y justo además?”, que fue la pregunta de Avimelej, rey de Garar. O sea, no se oponía a que exterminara a los malvados de Sodoma, sino que lo preocupaba el destino de los justos que pudiera haber allí. Pero entonces se le ocurrió otra cosa: quizás Dios perdonaría a toda la ciudad en virtud de cincuenta justos que haya... Y entonces abandonó también este argumento y volvió al primero, “Salve! No cometes una cosa así, matar a justos cual malvados.”

“Si encuentro en Sodoma cincuenta justos en la ciudad, perdonaré a todo el lugar por ellos,” dijo Elohim.

De modo que Elohim optó por desechar el castigo colectivo y prefirió probar a Abraham en el punto menos visceral, en la cantidad de justos que salvarían a la ciudad.

Abraham pisó el palito. Empezó a regatear cual puestero en el mercado: “He osado hablar a Mi Señor siendo tan sólo polvo y ceniza. Y si para los cincuenta faltaran cinco justos, por cinco destruirías toda la ciudad?”

“No la destruiré si hay allí cuarenta y cinco,” dijo Elohim.

“Y si son cuarenta?”, dijo Abraham.



“No lo haré por los cuarenta,” respondió Elohim.

“No se ofusque Mi Señor si hablo,” probó suerte Abraham, “quizás haya treinta?” Casi se le puede oír diciendo: “Y a mí me sale más caro,” pero Elohim mantuvo su paciencia: “No lo haré si encuentro allí treinta.”

“Ya que he osado hablar a Mi Señor,” se atrevió Abraham, “y si hubiera veinte?”

“No destruiré por los veinte,” dijo Elohim preguntándose cuándo llegaría Abraham al quid de la cuestión.

“No se moleste Mi Señor una vez más,” volvió a pedir Abraham, y si hay diez?”

“No destruiré por los diez,” dijo Elohim, se levantó y se fue. Así está escrito: “No destruiré por los diez. Y se fue Adonai cuando terminó de hablar a Abraham.”

Al irse muestra impaciencia. Su ida dice: al grano. Basta de desperdiciar mi tiempo, de regatear por pequeñeces y por tonterías. Pero dice también de su desilusión. Elohim esperaba que Abraham se sincere, que diga que teme por la integridad de Lot, y no que se esconda tras debates teológicos. Pero aún si su interés hubiera sido el debate teológico, debió haberlo encarado como corresponde y aprovechar esa ocasión irrepetible para plantearlo seriamente.

La negociación entre Abraham y Elohim involucra dos aspectos: el del castigo colectivo, tanto al justo como al malvado, con el que Abraham inicia la apelación y la continúa más tarde; y el valor del único justo, al que Abraham pretendía llegar, pero con técnicas de comerciante.

La impaciencia de la retirada de Elohim implica que no hay diferencia alguna entre cuarenta justos, veinte, diez o treinta. Sí la hay entre muchos justos y uno solo.

Testimonio de lo cual es la expresión hebrea actual que data de aquellos días: “el único justo en Sodoma”. Pero Abraham no aborda este asunto, y cuando Elohim comprueba que lo que pretende es obtener una rebajita y no ir al fondo de la cuestión - se fastidia: “Y se fue Adonai cuando terminó de hablar a Abraham.”

Por otra parte, las preguntas planteadas por Abraham ya habían sido respondidas en el pasado. De haber leído la parashá del Diluvio, algunos capítulos y generaciones antes, habría sabido que Dios salva al único justo y no perdona por él a los malvados. Entonces había salvado a Noé, el único justo en su generación, y destruido a todos los pecadores. Y es lo que hará también ahora, en Sodoma: sus ángeles salvarán al único justo, a Lot, y destruirán la ciudad con sus malvados habitantes. Resumiendo, todo este comercio estuvo demás desde un principio, y Abraham perdió la oportunidad de entablar con Elohim un diálogo como la gente.

Volviendo a Yaacov

De ese modo entendió Dios que mandatos como el de “Vete de la tierra...” o pruebas estilo “El sacrificio de Itzjak”, que fueron tan efectivos tratándose del obediente Abraham, no tendrían ningún efecto con Yaacov. A Yaacov no se le exigiría un solo y terrible acto, sino que sería probado en dificultades prolongadas. La primera de ellas sería la campaña a Jarán, de la que saldría airoso. Había partido temeroso y atribulado, y llegó a destino valiente y enérgicamente, tal como comprobamos al leer cómo hizo rodar la pesada piedra que sellaba el pozo de agua, y el beso a Rajel ya en la primera cita. La segunda dificultad sería la prolongada espera a su amada, también coronada por el éxito. La tercera sería el largo tiempo que Rajel fue yerma, ahí Yaacov no se comportaría a la altura de las circunstancias pero aprendería una lección acerca de sí



mismo y de su amor. La cuarta dificultad sería la supuesta muerte de su hijo, cuando le impusieron creer muerto a Yosef. No sólo sus hijos lo engañaron entonces, sino que tampoco Elohim se lo reveló en sueños diciéndole que Yosef vivía.

Pero Yaacov salió airoso de otra prueba, descrita en el capítulo 32 del Génesis. Su lucha nocturna en el Paso de Yavok, uno de los casos más herméticos e interesantes de todos los relatos de los Patriarcas.

ⁱ **Margalit Mendelson** es argentina e israelí. Experta en formación docente para la enseñanza de la lengua hebrea y su cultura. Master de la Universidad de Tel Aviv en Lingüística Semita. Traductora y capacitadora de docentes en didáctica de la lengua hebrea.

Actualmente vive en Chile.

En Limud Keshet – Buenos Aires 2008, Margalit tuvo a cargo la sesión **¿Pero cómo; no era qué? Personajes emblemáticos a la luz de otras leyendas del Talmud.**

ⁱⁱ **Meir Shalev** nació en Nahalal, una aldea situada en el norte de Israel, en 1948. A los 11 años su familia se mudó a Jerusalem, pero la infancia en la granja y el contacto con la naturaleza dejaron un sello en su vida. La literatura y los libros marcaron a su familia: es hijo del poeta y crítico Itzjak Shalev, primo de la escritora Tzruya Shalev y su hermana es editora. Estudió psicología en la Universidad Hebrea de Jerusalem y durante los años setenta y ochenta desarrolló una larga carrera como periodista radial y presentador de televisión. Hace ya un tiempo que solo se dedica a la literatura y a escribir su columna semanal en el diario *Yediot Ajaronot*.

Su producción literaria no se limita a un solo género: publicó numerosos libros infantiles, seis novelas y ensayos sobre literatura, mitología y el Antiguo Testamento.

En una encuesta realizada en Internet en el año 2005, Meir Shalev obtuvo el premio al escritor israelí más querido por los lectores. Es un militante activo del frente pacifista, un hombre secular que no duda en expresar sus opiniones políticas, aunque no lo hace a través de sus libros. En sus novelas siempre es posible encontrar historias de amor grandes y pequeñas, relatos realistas de la vida cotidiana, con un toque de realismo mágico y fantasía. Leer a Shalev es sentir el aroma, apreciar los paisajes y los personajes del Israel actual, pero en una versión más vital, plena de una pasión que no siempre se encuentra en lo cotidiano.

En su prosa Meir Shalev juega con el lenguaje, con los nombres de sus protagonistas e incluye alusiones a mitos griegos y relatos bíblicos y de la cultura popular. Los personajes de sus historias no tienen una sola dimensión: son complejos, sobresalen por su singularidad y sus características fuertes. Al comienzo de la lectura, los libros de Shalev parecieran ser desordenados, pero a medida que el lector avanza, se siente atrapado por su escritura rica y por la propuesta del autor. Hacia el final del libro, todas las piezas encajan en el puzzle y la historia no deja cables sueltos.

Los libros de Shalev ya fueron traducidos a más de veinte idiomas. Este autor maneja con habilidad los numerosos hilos que teje en sus relatos, de manera que nada, ni siquiera lo más disparatado resulta extraño, porque todo forma parte de la vida, especialmente en una realidad tan trágica como la que le ha tocado vivir.

